

Inestabilidad en las relaciones de pareja entre los niños de la calle de la Cd. de México

Roger Magazine Neumhauser

Traducción del inglés por David Robichaux. Una versión más larga de este artículo se publicará en el libro *Familias mexicanas en transición: Unas miradas antropológicas*, compilado por David Robichaux, y editado por la Universidad Iberoamericana (en prensa). La investigación que dio origen al presente artículo se hizo con el apoyo generoso de la fundación Wenner Gren para la Investigación Antropológica, la Fundación Fullbright y la Universidad Iberoamericana.

Roger Magazine Neumhauser. Licenciatura en Antropología por la Universidad de Virginia y Maestría y Doctorado también en Antropología por la Universidad John Hopkins. Profesor-investigador de la Universidad Iberoamericana. Ha dado clases también en la Universidad John Hopkins. Coordinador del Programa de Postgrado en Antropología Social del Departamento de Ciencias sociales y Políticas. Pertenece al Sistema Nacional de Investigadores, nivel Uno.

La mayor parte de los residentes de la ciudad de México que, erróneamente, son designados como “niños de la calle”, son migrantes de comunidades rurales de los alrededores de la ciudad. Siguiendo un patrón de migración que se presenta en muchos pueblos de la región, salen de sus casas entre la edad de 9 y 20 años para buscar trabajo y aventurarse en las ciudades (Melhuus 1999). Sin embargo, mientras que la mayor parte de estos jóvenes migrantes envían a casa una parte de sus ingresos -logrando así mantener relaciones con sus padres y otros miembros de la familia quienes después pueden ayudarles a reubicarse en el pueblo cuando llegan a casarse, los llamados niños de la calle no envían remesas-, cortando así sus relaciones con los miembros de sus familias. Ellos explican esta decisión haciendo referencia al abuso de padrastros y de otros miembros de la familia, pero esta elección se relaciona también a las obligaciones adquiridas en la ciudad para gastar sus ingresos en formas que estimulan la formación y la reproducción de relaciones entre otros “niños de la calle”, entre ellas las de pareja.

Durante la investigación de campo realizada entre dos grupos (*bandas*) de los llamados “niños de la calle” durante 18 meses en los años 1996 y 1997, encontré que alrededor de la mitad de los varones mayores de 15 años de edad y casi todas las mujeres mayores de 13 años se involucran en una relación de pareja. La mayor parte de los varones que no tienen una relación de este tipo aspiran a tenerla, pero tienen dificultades en encontrar pareja puesto que entre los niños de la calle la proporción de varones es dos veces más que la de mujeres. Estos individuos rara vez utilizan el término *matrimonio*, pero dicen que están *casados/casadas* y se refieren a sus parejas como su *esposa/mujer* o *esposo*. Se trata de una unión consensual ya que no conozco casos en los cuales se haya realizado una ceremonia religiosa o civil. Implica la cohabitación y una aspiración a la cooperación y la autonomía en varias actividades, entre ellas ganar dinero, la preparación de alimentos, la obtención de una vivienda y tener hijos. Esta cooperación implica

el compartir ciertas tareas o una división del trabajo. Las parejas sin hijos o cuyos hijos no están bajo su propio cuidado frecuentemente trabajan juntos, por ejemplo lavando parabrisas, y juntan una parte o todos sus ingresos para costear sus alimentos, vivienda u otros gastos. Cuando una pareja tiene hijos bajo su cuidado, dividen algunas de estas tareas de modo que el marido gane dinero mientras que la mujer prepara los alimentos y cuida a los niños. Los investigadores han encontrado patrones maritales similares que implican aspiraciones de cooperación y autonomía en los tipos de pueblos mesoamericanos de donde provienen los niños de la calle (Mindek 2001b; Mulhare 2001; Robichaux 1997; Salovesh 1976) y entre otros migrantes a la ciudad (Lomnitz 1975). Otro rasgo notable de estos matrimonios es la inestabilidad de las relaciones y la ocurrencia común de separaciones permanentes. Por inestabilidad, me refiero al hecho de que muchas parejas se separan durante semanas o meses y luego vuelven a juntarse durante períodos similares. Después de algunos años una de estas separaciones puede volverse permanente cuando uno o ambas personas encuentran una nueva pareja o se van a vivir a otra parte. El objetivo principal del presente ensayo es explicar estas separaciones temporales y permanentes desde una perspectiva sociológica, ubicándolas dentro de un contexto más amplio de las vidas de los niños de la calle.

Una revisión de la bibliografía referente al matrimonio entre los residentes de las comunidades mesoamericanas y entre otros migrantes a las ciudades sugieren patrones similares de inestabilidad y de separación en ciertos contextos. Dubravka Mindek encuentra que varios autores que escriben sobre el México indígena mencionan las separaciones temporales como un hecho frecuente (2002a: 20). Michael Salovesh, al referirse a la comunidad de San Bartolomé en Chiapas afirma que “al menos la mitad de aquellos que se casan por la iglesia eventualmente pueden pasar por el divorcio civil y pueden volverse a casar” [la traducción es mía] (1976: 209). Mercedes González de la Rocha hace notar “la presencia cada vez mayor de los grupos domésticos encabezados por mujeres en los contextos tanto rurales como urbanos en América Latina” [traducción del autor] (1994: 183) y afirma que 15 de las 18 mujeres jefes de familia en su encuesta tienen orígenes rurales (1994: 184). Así, puesto que se encuentran patrones similares entre una amplia gama de personas nacidas en las comunidades mesoamericanas, no debemos suponer que la inestabilidad matrimonial y la separación entre niños de la calle pueden atribuirse a lo que los distingue: su falta de relación con miembros de su familia y el hecho de que pasen la mayor parte de su tiempo con otros niños de la calle.

Varios autores parecen estar de acuerdo con respecto a la cadena de acontecimientos que conducen a estas separaciones, tanto temporales como permanentes (Benería y Roldán 1992: 147; Chant 1997: 123; González de la Rocha 1994: 31; Mindek 2002b: 5). Las mujeres perciben que sus esposos no están cumpliendo con sus obligaciones matrimoniales porque no están contribuyendo con una parte suficiente de sus ingresos para el gasto de la casa, por el dinero que gastan en tomar con otros hombres. Cuando la esposa exige más dinero del esposo

surgen conflictos y pleitos, los cuales a su vez provocan que el marido abuse de su esposa: la golpea, le retira totalmente el gasto o emplea otros medios. El abuso le da a la esposa una razón legítima para abandonar a su marido, aunque ella puede regresar si el hombre accede a cumplir con sus obligaciones. Por ejemplo, González de la Rocha afirma: “yo veo las relaciones entre esposos como una confrontación y una negociación constante sobre el dinero y la distribución y la asignación de los recursos monetarios. Esta negociación provoca conflictos que frecuentemente terminan en violencia” [la traducción es mía] (1994: 31)¹. El reconocimiento, las descripciones y los análisis de las tensiones maritales y de los conflictos que hacen estos autores constituyen una aportación significativa a nuestra comprensión de las relaciones familiares y de la dinámica de los grupos domésticos.

Algunos de ellos también han intentado explicar, aunque a mi modo de ver con menos éxito, por qué en primer lugar los maridos gastan dinero en tomar con otros hombres. Benería y Roldán mencionan brevemente que los hombres toman con sus amigos después del trabajo porque se trata de *una señal de masculinidad* (1992: 147). Sin embargo, no demuestran esta afirmación con datos ni tampoco analizan cual aspecto de tomar con sus amigos señala la masculinidad o cuáles son las consecuencias de no cumplir con esa masculinidad. González de la Rocha explica que los hombres se socializan para ser dominantes y puesto que no tienen poder en sus empleos, deben reafirmar el poder sobre sus esposas (1994: 156). Así esta autora sostiene que los hombres ejercen control sobre el presupuesto del grupo doméstico y gastan el dinero en tomar con sus amigos como un acto de dominio sobre sus esposas. El por qué gastan este dinero tomando con sus amigos y no en alguna otra actividad no queda claro. Lomnitz combina estas dos explicaciones y plantea que los maridos gastan dinero en tomar con otros hombres para enseñarles que sus mujeres no controlan sus gastos y que en lugar de esto, son irresponsables – un indicio de “su hombría” (1975: 101). Es decir, los hombres logran el respeto de otros hombres al demostrar que son maridos irresponsables.

Sin embargo, los propios datos de Lomnitz con respecto a las prácticas de tomar entre hombres contradicen su explicación del comportamiento del marido. Los hombres en la barriada donde ella realizó su trabajo forman amistades con cuates, cimentadas en relaciones emocionales o de ayuda mutua (1975: 191). Los hombres del grupo proporcionan protección mutua en pleitos y se ayudan a encontrar vivienda y empleos. El gasto en alcohol es un factor clave en la constitución del grupo: “La existencia del grupo de cuates se manifiesta a través de las ruedas de bebedores. En estas reuniones, el cuate que se encuentra en posesión de dinero efectivo se considera obligado a ‘disparar’ bebidas alcohólicas a sus cuates: de

1 Gutmann cita un informante varón casado que describe una cadena similar de acontecimientos para explicar la violencia doméstica (1996: 212) y a otro que expresa la frustración con respecto a sus obligaciones matrimoniales (*Ibidem.*: 262). Sin embargo, este autor no toma muy en cuenta estas opiniones y no parece estar dispuesto a aceptar que la irresponsabilidad de un hombre podría provocar que éste golpee a su esposa. En lugar de esto, Gutmann sugiere que los hombres se vuelven violentos cuando perciben que sus esposas, quienes han entrado a la fuerza laboral, se vuelven demasiado independientes por lo que pronto ya no tendrán necesidad de ellos y los abandonarán (*Ibidem.*: 220). Yo estoy de acuerdo con Gutmann en el sentido de que la independencia de las mujeres puede provocar la violencia doméstica. Sin embargo, creo que a este autor le convendría tomar más en cuenta las ideas de sus informantes sobre el hecho de que los hombres tomen y que su frustración con las obligaciones matrimoniales pueden conducir a conflictos entre hombre y mujer. Es importante anotar que es Gutmann y no sus informantes quien califica estas acciones como “irresponsables”.

esta manera, el cuatismo comporta un mecanismo nivelador de recursos monetarios...” (1975: 192).

La descripción de Lomnitz sugiere que los hombres que toman con sus amigos no son simplemente maridos irresponsables aunque la irresponsabilidad bien puede ser una consecuencia indirecta de sus acciones. Más bien, están cumpliendo con una obligación dentro de su grupo de amistades. Así, los requerimientos masculinos culturalmente contruidos tales como el dominio y/o la irresponsabilidad son insuficientes para explicar tanto el hecho de que los hombres tomen como los problemas maritales que tomar alcohol pueda suscitar. Los hombres pueden gastar dinero en el alcohol a causa de obligaciones sociales reales que en nuestro análisis deben tomarse en cuenta tan seriamente como las obligaciones familiares.

Para conceptualizar la inestabilidad marital y la no permanencia del matrimonio entre los niños de la calle, adopto la posición según la cual “las relaciones maritales deben entenderse dentro de una arena social mucho más amplia, dentro de la cual ellas no necesariamente ocupan un lugar central” (Ferguson 1999: 195). De manera más específica, las uniones de los niños de la calle deben entenderse dentro del contexto de su membresía en grupos que ellos llaman *bandas*, membresías que exigen dedicar tiempo y recursos de una manera que se parece a lo que sucede en los grupos de “cuates” descritos por Lomnitz. Demostraré que la inestabilidad y la no permanencia en el matrimonio ocurren porque la banda obliga a sus miembros a pasar tiempo y gastar recursos que, de otra manera, podría dirigirse directamente a la relación matrimonial. Enseguida describiré la banda para dar entrada a una discusión de las uniones conyugales entre los miembros de ésta.

La Banda entre los llamados niños de la calle

Las bandas generalmente surgen en lugares o alrededor de lugares que tienen altas concentraciones de tránsito vehicular y de peatones tales como estaciones de metro, mercados, centros comerciales y plazas públicas. Al menos una banda y a veces varias pueden encontrarse entre las terminales de autobuses y la terminal de ferrocarriles de la ciudad de México, los puntos de entrada de los migrantes a la ciudad. En torno a estos lugares y dentro de un territorio definido con poca claridad, los miembros de las bandas realizan varias actividades juntos. Puesto que la membresía en una banda no está claramente denotada a través de una iniciación o alguna otra práctica con el propósito específico de separar los miembros de los no miembros, la membresía en la banda debe comprenderse en términos de estas actividades. En la mayor parte de los casos, una banda tiene un lugar, tal como un edificio abandonado, una azotea accesible, un cubo de ventilación del metro, o algún otro lugar fuera de vista y olvidado, en el cual la mayor parte de los miembros buscan abrigo y donde duermen. Vivir con la banda durante un período de tiempo parece constituir el requisito inicial para la membresía; sin embargo, una

vez cumplido este requerimiento, un miembro de ésta puede dormir en hoteles baratos o bien en algún alojamiento alquilado en las afueras de la ciudad, sin que por ello se afecte su estatus en la banda siempre que participe en las otras actividades que se van a describir a continuación. También en y alrededor de lugares específicos asociados con la banda, los miembros realizan actividades generadoras de ingresos tales como lavar, limpiar parabrisas, trabajos eventuales, una forma de mendigar conocida como el talón, y asaltos menores. Aunque los miembros generalmente realizan estas actividades en grupos de dos o tres, la participación en ellas y con otros miembros de la banda, no es un requerimiento para la membresía. Los integrantes de la banda, frecuentemente comen juntos en grupos de tres o cuatro en puestos callejeros o fondas. Si cuentan con el acceso a un lugar para cocinar, pueden juntar su dinero y comprar abarrotes. Sin embargo, una vez más, la participación en estas actividades no tiene efecto sobre la membresía.

Sin embargo, otra actividad de consumo, sí tiene un efecto significativo para pertenecer a la banda. Casi a diario, un grupo de miembros se junta para tomar cerveza o inhalar *thiner* en un lugar protegido o a beber pulque en una cantina o pulquería. El consumo de estos productos sigue un patrón específico y a todos los miembros presentes deben participar. Esta participación implica dos cosas. En primer lugar, todos los miembros están obligados a gastar todo el dinero que traen en alcohol o drogas, y frecuentemente tienen que demostrar bolsillos vacíos antes de quedar liberados de las exigencias para contribuir más. Y en segundo lugar, a todos los miembros deben consumir al parejo las sustancias ingeridas independientemente de cuánto contribuyan: el consumo es colectivo. Un miembro que participa regularmente en estas actividades refrenda y refuerza su membresía. Otros miembros de la banda lo buscarán la próxima vez que van a tomar, usar drogas, o jugar fútbol o dominó; su nombre saldrá en los relatos o las pláticas sobre la banda y sus miembros. Por otra parte, a una persona que no participa regularmente en estas actividades no se le revoca la membresía pero poco a poco se desvanece de la memoria de la banda. Si continúa durmiendo o trabajando con la banda, los demás se burlarán de él o lo ignorarán, aunque no lo obligarán a irse. Si se va a vivir a otra parte y regresa posteriormente a participar en estas actividades de consumo será tratado como una especie de amigo, pariente o vecino que ha regresado después de haberse perdido de vista por mucho tiempo y lo aceptarán como miembro con pleno derecho sólo una vez que su participación se ha vuelto regular.

Más allá de las cuestiones de quién participa y quién no, la cuestión de la participación desigual entre los participantes a pleno derecho añade otra dimensión a la organización del grupo. Puesto que es probable que los diferentes miembros de la banda comiencen una sesión de consumo con diferentes cantidades de dinero y a pesar de que se espera que todos gasten todo lo que tengan, algunos miembros terminan gastando más que otros. No pasan desapercibidas estas diferencias en los gastos. Aquellos quienes gastan más adquieren prestigio con relación

a aquellos que gastan menos. A su vez, este prestigio puede convertirse en el control de las acciones de otros. Los miembros con mayor prestigio pueden, por ejemplo, mandar a otros a comprar tortillas o cigarros o pueden callar sus opiniones o sus críticas. Esta jerarquía es temporal aunque puede trasladarse a otras actividades; frecuentemente, parece más repetirse con los mismos individuos, ya que algunos miembros de la misma banda de manera consistente tienen más dinero que otros. Así, más allá del requerimiento inicial de dormir con la banda durante un período de tiempo, la participación en estas actividades de consumo define la membresía del grupo y los niveles diferenciales de gasto determinan la jerarquía interna del grupo.

Las bandas a las cuales tuve la oportunidad de observar o de obtener información compartían este conjunto de rasgos básicos, encontré cierta variación entre bandas, relacionada principalmente a la forma, el tamaño y la permanencia de su lugar de albergue. Sin alterar la estructura básica de la banda, esta variación sí afecta las formas particulares en las cuales los actores combinan o dejan de combinar la membresía en la banda con la unión conyugal. Una discusión más detallada de las dos bandas sobre las cuales se enfocó esta investigación ayudarán a conceptualizar las relaciones entre estas dos instituciones sociales.

La banda de ferrocarriles

Esta banda o “Ferro”, toma su nombre del lugar original de residencia: la terminal de ferrocarriles de la ciudad de México. La banda comenzó a formarse a mediados de la década de 1980 cuando muchos de sus miembros actuales tenían entre 8 y 12 años. En ese momento, los trabajadores de la terminal les permitían dormir en el edificio y hasta les pagaban por hacer pequeños trabajos. La banda llegaba a tener hasta 40 ó 50 miembros. Después de algunos años, se reforzó la seguridad en la terminal y los miembros de la banda se vieron obligados a buscar otros lugares para dormir y obtener dinero. Desde entonces, la banda ha incorporado pocos nuevos miembros y muchos de los miembros originales ya no pertenecen activamente a ella puesto que han terminado en la prisión, se han incorporado a bandas en otras partes de la ciudad, o han dedicado todos sus recursos a un trabajo, al matrimonio y a una familia. Al momento de mi investigación, los miembros de la banda tenían entre 15 y 30 años. Aunque los miembros de 18 años o mayores, todavía constituían la mayoría, eran los mayores aquellos que rápidamente estaban en proceso de terminar su participación activa. A partir de los 18 años un individuo puede ser juzgado como adulto y enviado a la prisión. Así, en este grupo de edad es más probable que los miembros dediquen todo su tiempo a un trabajo y al matrimonio que los de menor edad.

Desde que dejaron la terminal de ferrocarriles, los miembros de la banda duermen en lugares diferentes tales como un sitio de construcción atrás de la terminal, encima de una

parada techada de autobuses, en la azotea de un edificio y en varios hoteles baratos del rumbo. Tuvieron que abandonar un lugar para dormir cada dos o tres meses cuando por ejemplo la ciudad eliminó la parada de autobuses, los ocupantes legales del edificio se quejaron, o un gerente de un hotel que, fiando, les dejó quedar más noches de las que pudieron pagar. Durante el período de mi investigación, sólo rara vez los 20 o más miembros activos de la banda dormían en el mismo lugar. En una noche dada, por ejemplo, mientras que la mayoría dormía en la azotea de un edificio, unos cuantos dormían en un hotel barato, y otros migraban a un cuarto alquilado en las afueras de la ciudad donde vivían con esposa e hijos. Independientemente de donde duermen, los miembros de la banda consideran el área alrededor de la terminal de ferrocarriles como su hogar y el lugar donde obtienen y, de manera más importante, donde gastan su dinero. Durante el día, grupos de 3 ó 4 miembros de la banda se juntan en las esquinas de la calle para asear parabrisas o para caminar rutas específicas pidiendo dinero o alimentos. Al caer la tarde, grupos de 5 a 15 miembros se juntan para consumir inhalantes y beber alcohol mientras que platican y juegan cartas o dominó en y alrededor de los lugares en donde duermen o en la pulquería del rumbo.

Sólo supe de 6 miembros mujeres de la banda Ferro que eran miembros irregulares. Aparecían durante algunas semanas y luego desaparecían durante meses. Sé que un miembro mujer vivía en una casa hogar cuando estaba ausente de la zona y otra se encontraba en un centro de rehabilitación de drogadicción pero no pude obtener información sobre las demás. Tres de estas mujeres eran “esposas” de los miembros Ferro, lo que no alteró el patrón de su ausencia de la zona durante largos períodos mientras que sus “maridos” permanecían. Aunque al menos una de estas uniones había producido un hijo, al momento de mi estudio no había hijos de miembros de la banda que habitaran la zona.

En términos generales, las uniones de los miembros varones de la banda Ferro seguían dos patrones distintos. En el primero se unen con mujeres externas al grupo –las cuales pueden contar o no– con relaciones familiares, el rasgo que distingue los llamados niños de la calle- y que residen con ellos fuera del área que la banda considera como su territorio. No me enteré de casos en los cuales el miembro varón de la banda fuera a vivir con la familia de la mujer o con su banda. El miembro varón generalmente se traslada a diario al área de la banda para trabajar y consumir alcohol y drogas con los demás miembros. Una vez establecido un arreglo de este tipo, estos miembros a veces comienzan a regresar al área de la banda con una frecuencia cada vez menor hasta que dejan de participar totalmente en las actividades del grupo.

En el segundo patrón, los miembros varones de la banda Ferro se casan con mujeres externas al grupo pero quienes se ajustan a la definición de “niño de la calle”. Estas parejas cohabitan en algún hotel barato o en el lugar en donde la mayor parte de los miembros de la banda está durmiendo en ese momento. Los miembros varones tienen una menor probabilidad de separarse de la banda y sus matrimonios tienden a seguir un patrón intermitente, permaneciendo

intacto durante algunos meses y luego disolviéndose durante un período similar. Mientras que estas uniones permanecen intactas, la mujer generalmente se considera a sí misma como miembro de la banda Ferro. Al disolverse la unión la mujer deja de vivir con la banda. Los varones de la banda Ferro que forman uniones de este tipo, a veces expresan su deseo de establecer una residencia fuera del área de la banda. Sin embargo, están conscientes del hecho de que su participación en las actividades grupales de consumo les impide ahorrar suficiente dinero para alquilar una vivienda y cubrir otros gastos.

Aunque ambos patrones de uniones podrían considerarse como exógamos, la exogamia parece ser más un producto de circunstancias que el resultado de preferencias o prohibiciones culturales. Si una mujer comienza a pasar tiempo con la banda, pronto los miembros varones comenzarán a “echarle los perros”. Si esto dura mucho tiempo, pronto será el objeto del ridículo y tal vez víctima de abuso sexual. Para impedir esto, debe entrar en una relación con uno de los miembros varones. Como la única forma para que se convierta en un miembro respetado de la banda.

A un nivel general algunas similitudes son evidentes si comparamos la residencia postmarital en la banda Ferro con las comunidades indígena-campesinas mesoamericanas de donde vienen la mayor parte de los miembros. En ambos contextos encontramos tendencias virilocales. En la banda Ferro, las mujeres, habiendo dejado otras bandas o sus familias, inician una relación y establecen residencia con un miembro varón Ferro en el área que la banda considera como su hogar. No conozco de casos en los cuales un miembro varón de la banda Ferro haya ido a vivir con la banda o la familia de una mujer. En la comunidad mesoamericana, “generalmente, el hombre lleva a su nueva esposa a residir con su grupo doméstico de orientación” [traducción del autor] (Robichaux 1997: 155). La “localidad” a la cual se refiere la virilocalidad es obviamente diferente en cada contexto. Entre los miembros de la banda, se refiere al área o al sitio específico en donde el marido y sus compañeros de la banda viven y duermen. En la comunidad mesoamericana, se refiere generalmente a la casa de los padres del marido, aunque si una pareja establece la residencia neolocal podría considerarse todavía virilocal en el sentido de que generalmente se está en el barrio o en la comunidad del marido en lugar de los de la esposa si vienen de distintos barrios o comunidades. Sin embargo, a pesar de las distintas manifestaciones de “localidad”, la tendencia general a que la mujer resida con el marido se encuentra en los dos contextos.

En ambos contextos, también encontramos aspiraciones neolocales, inhibidas principalmente por los escasos recursos de la pareja. Los miembros de la banda Ferro ven el establecimiento de una residencia fuera del área de la banda como la forma para lograr sus objetivos como esposos y padres: siendo el objetivo que nadie que no sean ellos les proporcione a sus hijos el sustento financiero o que tengan autoridad sobre ellos o con respecto a asuntos familiares como la crianza de los hijos, las relaciones sexuales y la preparación y el

consumo de alimentos. La residencia fuera del área les permite asignar tiempo y recursos a la unión sin el conocimiento de los otros miembros de la banda, lo que permite evitar la dependencia de otros para el cuidado de los niños, los arreglos para dormir y la preparación de alimentos. Al mismo tiempo, esto le permite al esposo continuar presentándose como si estuviera gastando todo su dinero en las actividades de consumo de la banda. Aunque la banda ayuda a proporcionarle a la pareja sitios seguros y poco caros para dormir, lo que representa un ahorro de dinero, es por la presión por parte de la banda a dedicar recursos a las actividades de consumo que la pareja no tenga la capacidad de ahorrar suficiente dinero para establecer una nueva residencia y una relación más independiente. De manera similar, en la comunidad mesoamericana de San Bartolomé en Chiapas, que fue descrita por Michael Salovesh, todas las parejas otorgan un alto valor a convertirse en jefes de un grupo independiente de *sitio*. Sólo al lograr esto pueden convertirse en los administradores independientes de los asuntos de sus propios grupos domésticos. La residencia en un grupo de *sitio*, controlada por otros, restringe la libertad de elección para el grupo doméstico. En un sentido, puede decirse que los Sanbartoleños logran la calidad plena de adultos sólo cuando se convierten en jefes de un grupo de *sitio* [la traducción es mía] 1976: 214).

En las comunidades rurales de Mesoamérica el factor principal que impide que una pareja forme un grupo doméstico independiente es la falta de recursos, incluyendo tierra y efectivo, que son necesarios para conseguir este objetivo. La residencia virilocal proporciona a la pareja un lugar para vivir mientras que ahorren dinero hacia dicho objetivo. Tan pronto como hayan ahorrado suficiente dinero, el marido y la esposa construyen su propia vivienda (Robichaux 1997: 155; Salovesh 1976: 211), generalmente en un terreno donado por los padres del esposo². Sin embargo, la residencia virilocal también coloca a la pareja bajo la autoridad de los padres del esposo quienes pueden exigirles que contribuyan con mano de obra y dinero al grupo doméstico, lo que limita su capacidad para ahorrar (Salovesh 1976: 214).

Nuevamente, la “localidad” a la cual se refiere la neolocalidad, es diferente en cada caso. En la banda Ferro, se refiere a alquilar un lugar para vivir fuera del área habitada por la banda, generalmente en las afueras de la ciudad donde la renta es más baja. En la comunidad mesoamericana, se refiere a la construcción o a la compra de una casa en el barrio o en el pueblo del marido, frecuentemente en un terreno proporcionado por los padres de éste como parte de o toda su herencia. Sin embargo, en ambos contextos lo que encontramos entre las parejas es una aspiración a establecer una residencia aparte de las demás relaciones sociales que

2 El hijo menor permanece en la casa de sus padres junto con su esposa e hijos, cuida a sus padres en su vejez y en consecuencia hereda la casa cuando ellos mueren. Mientras que el hijo menor hereda la casa, la tierra generalmente se divide de manera igual entre todos los varones, “con una cierta participación femenina en la herencia” (Robichaux, 1997: 161).

implican exigencias sobre su tiempo y sus recursos.

La banda del Dico

El nombre de esta banda viene de una mueblería junto a un edificio abandonado donde a partir de su surgimiento alrededor de 1990 han dormido sus miembros. El edificio se encuentra en la Avenida de los Insurgentes, una de las principales arterias norte-sur enfrente de la terminal de ferrocarriles. Según sus residentes, el edificio albergaba una discoteca antes de que un incendio destruyera casi todo menos la estructura básica de cemento. Los miembros de la banda están conscientes que podrían ser echados en cualquier momento si el propietario decidiera vender o reconstruir³. Alrededor de 60 personas viven en el edificio. Aunque los varones de 12 a 30 años constituyen la mayoría de los residentes, hay alrededor de 15 mujeres entre 14 y 25 años, al menos 10 niños menores de 8 años, y una pareja cuarentona con dos hijas adolescentes. Casi todas las mujeres jóvenes son “casadas” –en los términos utilizados por mis informantes- con uno de los miembros masculinos. Casi todos los niños pequeños son hijos o hijas de una de estas jóvenes mujeres. En alrededor de la mitad de los casos, el padre –también un miembro Dico- todavía se encuentra unido a su madre. En la otra mitad de los casos el padre era la pareja de la madre durante una unión previa.

Podría decirse que el espacio considerado como el de la banda Dico comienza con la acera muy transitada fuera de su entrada sobre la Avenida de los Insurgentes. En esa calle, un visitante o transeúnte encuentra dos cosas: algunos de los miembros más jóvenes de la Dico, 10 a 14 años, taloneando (pidiendo dinero) y un olor de basura y excremento humano que sale del edificio. Una puerta de metal obstruye la entrada al edificio. Puesto que no está puesta en bisagras, debe levantarse o arrastrarse para poder entrar y salir. Al pasar por la puerta uno encuentra lo que parece ser un patio alargado sin cubierta, rodeado por un muro a la izquierda y un edificio arriba (que da frente a la calle), a la derecha y al final. El hecho de que este espacio se parezca a un patio y sirva como área común para los miembros de la Dico refleja la destrucción causada por el incendio y no la estructura original de la construcción. Sirven de puertas y obstruyen la entrada a los cuartos a lo largo del patio telas colgantes y tablas de madera. Alambres a modo de “diablos” que surten electricidad están tendidos al azar a lo largo de las paredes.

Hacia mediodía, salvo por la presencia de unos cuantos adultos y algunos niños pequeños, hijos e hijas de los miembros de la banda que, descalzos corren y

3 Cuando regrese al área en diciembre de 1997, siete meses después de terminar mi trabajo de campo, encontré que los miembros de la banda Dico estaban viviendo en las áreas verdes y encima de una de las paradas de camión a lo largo de un tramo de calle a la vuelta de la esquina de la mueblería Dico. Explicaron que el propietario había decidido construir y que ellos habían recibido \$ 250.00 cada uno para salir de manera pacífica. Cuando regresé al área seis meses después, los miembros de la banda Ferro me dijeron que todos los integrantes de la banda Dico habían salido del área y que algunos de ellos se habían incorporado a otra banda algunos kilómetros hacia el norte.

juegan, el patio está vacío. Al atardecer el patio se llena de miembros de la Dico que juegan fútbol, intercambian chistes y utilizan inhalantes. Los miembros de la Dico duermen en los cuantiosos cuartos que rodean el patio o a lo largo de un corredor que se extiende del patio hacia una sección del edificio a la parte posterior de la propiedad. Alrededor del patio, seis familias ocupan sendos cuartos. Los demás miembros de la Dico, principalmente jóvenes solteros, comparten los pequeños cuartos a lo largo del corredor y en el segundo piso alrededor del patio que tiene un acceso difícil. Los cuartos de los hombres jóvenes generalmente contienen varios colchones viejos y cobijas, donados por organizaciones caritativas o que fueron encontrados en la calle y algunos efectos personales tales como ropa y radios. Los cuartos familiares generalmente están amueblados de manera más completa con camas, tapetes, mesas, sillas, televisores, luces eléctricas y hasta refrigeradores y estufas de segunda mano o de deshecho.

Todos los miembros comparten una fuente de agua corriente de una llave en un cuarto no ocupado que da al patio cerca de la entrada. Cerca de la llave existen varias fuentes para bañarse o lavar ropa. Al final del patio hay una mesa y algunos aparatos de cocina donde algunos de los residentes cocinan y comen juntos. También en la parte posterior del patio, una mujer de 40 años quien vive en la Dico con su marido enfermo y dos hijas adolescentes vende fruta.

El significado de la membresía en la banda Dico es más variado que en el caso de la banda Ferro. Para la mayor parte de los residentes en el edificio y para casi todos los hombres jóvenes, la Dico es una banda y, por lo tanto, la participación en las actividades colectivas de consumo y no simplemente la residencia es un requerimiento para plena membresía. En ciertos momentos, estos residentes pueden referirse a su banda utilizando un nombre diferente, -“*pelones ley*”-, para distinguirse de los que simplemente viven en el edificio. Algunos residentes, incluyendo a muchas de las mujeres jóvenes también ven a la Dico como una banda, pero una gran parte del tiempo la ven como una especie de comunidad de responsabilidades compartidas⁴ para los cuidados de los niños, la preparación de alimentos y el suministro de agua. Casi todos los hombres jóvenes también la ven de esta manera en momentos y contribuyen y aprovechan estos esfuerzos comunitarios. Para algunos cuantos residentes, la Dico es solamente un lugar para vivir como un vecindario en una ciudad. Estos residentes reconocen preocupaciones comunes, pero rara vez participan en las actividades comunales o de banda.

Los miembros de la Dico generalmente obtienen dinero de la misma manera que los miembros de la Ferro, lavando parabrisas o pidiendo limosna.

4 Utilizo estos términos para describir un fenómeno social que observé y que me relataron. Sin embargo, mis informantes no utilizan estos términos y no tienen nombre para este fenómeno aunque a veces se referían a la Dico como una “comunidad” y no como una “banda”.

Sin embargo, mientras que los miembros de la Ferro conducen estas actividades dentro de un radio de uno o dos kilómetros de la terminal de ferrocarriles, los miembros de la Dico tienden a hacerlo dentro de una cuadra o dos del edificio abandonado. Más aún, realizan sus actividades de consumo totalmente dentro del perímetro del edificio donde están fuera de la vista de la policía y los residentes del vecindario. Estas actividades pueden darse dentro del patio o en los cuartos. El patio del edificio también alberga la comunidad de responsabilidades compartidas, que no tiene equivalente entre los miembros de la banda Ferro. Los miembros de la banda pueden salir y dejar a sus hijos jugar en el patio sabiendo que algunos miembros mayores de la banda siempre estarán ahí para cuidarlos en caso de alguna emergencia. Además, algunas de las residentes mujeres atienden una cocina en el área del patio donde los residentes pueden comer en la tarde. Los que ayudan con el trabajo reciben un pago en especie y los que no ayudan pueden comprar el alimento a un precio muy bajo. Los residentes se refieren a esta preparación de alimentos como un esfuerzo comunitario, aunque yo sospecho que los que lo organizan realizan alguna pequeña ganancia.

Mientras que a un observador que no conoce las prácticas sociales de los lugares de origen de los miembros de la banda se le puede ocurrir que estas prácticas compartidas en el cuidado de los niños y en la cocina constituyen un regreso al comunismo primitivo o un arreglo de sobrevivencia *ad-hoc* de los pobres urbanos emprendedores, el arreglo proviene del acervo cultural de los participantes. En las comunidades campesinas mesoamericanas, los recién casados generalmente viven con los padres del novio durante algunos años, aunque bajo determinadas circunstancias pueden vivir con los padres de la novia, con otros parientes o neolocalmente (Robichaux 1997; Salovesh 1976). Así, en el ámbito rural se pueden observar arreglos de vivienda que consisten en varios cuartos alrededor de un patio donde juegan los primos y las esposas de los hermanos varones preparan los alimentos para todos o parte del grupo residencial. La razón principal por este arreglo virilocal es económico. Frecuentemente estas parejas no cuentan con los recursos para tener un techo y para alimentarse y por lo tanto la coresidencia les proporciona un techo común así como una cocina y presupuesto compartido para sus alimentos.

La Dico y esta fase coresidencial del ciclo doméstico mesoamericano son ambos caracterizados por responsabilidades compartidas entre parejas recién casadas y hombres y mujeres jóvenes, solteros, en las actividades de cuidar a los niños y preparar alimentos en un espacio residencial común. Más aún, parece que este arreglo tiene una función similar en ambos contextos: alivia las tensiones sociales experimentadas por las parejas con niños jóvenes y otras responsabilidades económicas. Este alivio puede explicar porque los matrimonios entre los miembros de la Dico son más estables y más duraderos que aquellos entre los miembros de la banda Ferro. Al mismo tiempo, este arreglo residencial cooperativo también crea un dilema similar para las parejas que tratan de encontrar la independencia en los asuntos familiares

puesto que deben compartir el control sobre los mismos, tales como: la cría de los niños y la preparación de los alimentos con sus compañeros residentes.

Las uniones en la Dico siempre se dan entre dos personas quienes se ven a sí mismas como poseedoras de las características que definen “los niños de la calle”. En algunos casos, una mujer de otra banda va a vivir con un miembro de la Dico en el edificio abandonado. En otros casos, un hombre y una mujer que ya viven en la Dico forman una pareja, en ésta la mujer generalmente se ha incorporado al grupo junto con un hermano, una pareja (de una unión previa) o, excepcionalmente, con sus padres. Así, al igual que en la banda Ferro, no parece haber un patrón claro de endogamia o de exogamia en el sentido de preferencias o prohibiciones culturales. También como en la banda Ferro, hay un patrón virilocal cuando las uniones se forman entre miembros de dos bandas diferentes. Aunque no conozco casos de neolocalidad entre los miembros de la Dico –es decir, de parejas que establecen la residencia fuera del edificio abandonado- algunos recién casados sí expresaron un deseo de un arreglo de este tipo. Más aún, algunas parejas intentan establecer una residencia aparte y una mayor independencia en los asuntos familiares en el edificio en sí al terminar o al limitar su participación en las actividades de la comunidad que implican responsabilidades compartidas.⁵

Conclusión

Como he mostrado, las prácticas de formación de la unión conyugal varían en cierta medida de una banda a otra y aún dentro de la misma banda, las uniones pueden tomar dos o tres formas diferentes, articulándose cada forma con la banda de una manera distintiva. También he intentado demostrar que esta variación refleja diferentes formas de enfrentar el mismo dilema: cómo cumplir con las obligaciones asociadas con dos ámbitos distintos de relaciones sociales cuando cada uno exige la asignación de la mayor parte del tiempo y los recursos.

La investigación sobre los conflictos maritales constituye un importante avance con respecto a los estudios anteriores que pintaban al grupo doméstico como una unidad homogénea con intereses comunes. Los estudios detallados de la dinámica interna del grupo doméstico como aquellos realizados por González de la Rocha (1994), Benería y Roldán (1992) y Lomnitz (1975) eran necesarios para revelar estos conflictos. Sin embargo, como he planteado, las causas de la mayor parte de estos conflictos no pueden entenderse si se limitan los estudios a la dinámica interior del grupo doméstico. Para poder comprender mejor las tensiones maritales es necesario prestar atención a otros ámbitos de relaciones

⁵ En las comunidades mesoamericanas las parejas intentan establecer una cocina y un presupuesto de consumo independientes cuando todavía están en la fase coresidencial como una fase intermedia hacia la independencia.

en los cuales participan los maridos y las mujeres. También es necesario sacar provecho de nuestra unidad de análisis, y pasar del grupo doméstico unidimensional con sus conflictos y contradicciones, a los mundos sociales multidimensionales habitados por las personas.

Bibliografía

Benería, Lourdes, y Martha Roldán (1992), *Las encrucijadas de clase y género: Trabajo a domicilio, subcontratación y dinámica de la unidad doméstica en la ciudad de México*, México, El Colegio de México y Fondo de Cultura Económica.

Chant, Sylvia (1997) *Women-Headed Households: Diversity and Dynamics in the Developing World*, New York: St. Martin's Press.

Ferguson, James (1999), *Expectations of Modernity: Myths and Meanings of Urban Life on the Zambian Copperbelt*, Berkeley: University of California Press.

González de la Rocha, Mercedes (1994), *The Resources of Poverty: Women and survival in a Mexican City*, Oxford, Blackwell.

Gutmann, Matthew C. (1996), *The Meanings of Macho: Being a Man in Mexico City*, Berkeley, University of California Press.

Lomnitz, Larissa Adler de (1975), *Cómo Sobreviven los Marginados*, México, Siglo Veintiuno.

Melhuus, Marit (1992), *Todos tenemos madre. Dios también: Morality, Meaning, and Change in a Mexican Context*, Unpublished Ph. D. Dissertation. University of Oslo.

Mindek, Dubravka (2002a), "Formación y disolución del matrimonio en el México indígena: Una revisión crítica", en D. Robichaux (ed.), *El Matrimonio en Mesoamérica Ayer y Hoy: Unas Miradas Antropológicas* México, Universidad Iberoamericana.

- (2002b), La pareja, su discurso y su actuar cotidiano de la Mixteca poblana en D. Robichaux (ed.), *El Matrimonio en Mesoamérica Ayer y Hoy: Unas Miradas Antropológicas*, México, Universidad Iberoamericana.

Mulhare, Eileen M. (2001), To Respect and Trust: Gender Ideology Versus Behavior in a Post-Nahua Society. D. Robichaux, (ed.), *El Matrimonio en Mesoamérica Ayer y Hoy: Unas Miradas Antropológicas* México, Universidad Iberoamericana.

Robichaux, David (1997), Residence Rules and Ultimogeniture in Tlaxcala and Mesoamerica, *Ethnology* 36(2): 149-171.

Salovesh, Michael (1976), Postmarital Residence in San Bartolomé de los Llanos, Chiapas en H. G. Nutini, P. Carrasco y J. M. Taggart (eds.), *Essays on Mexican Kinship*, pp. 207-217. Pittsburgh, University of Pittsburgh Press.